

Las huellas de la locura

Quizá un día no se sepa más exactamente lo que haya podido ser la locura. Su figura se habrá vuelto a encerrar sobre sí misma y no permitirá ya descifrar las huellas que habrá dejado tras de sí. ¿Podrán esas huellas mismas, para una mirada ignorante, ser otra cosa distinta a simples impresiones oscuras? Cuando más harán parte de configuraciones que ahora no sabríamos dibujar pero que serán en el porvenir las rejillas indispensables a través de las cuales nos haremos visibles, nosotros y nuestra cultura. Artaud pertenecerá al suelo de nuestro lenguaje, y no a su ruptura, las neurosis a las formas constitutivas (y no a las desviaciones) de nuestra sociedad. Todo cuanto hoy experimentamos en la forma del límite, lo extraño o lo insostenible, habrá accedido a la serenidad de lo positivo. Y cuanto nos señala actualmente ese Exterior, corre el riesgo de designarnos un día a nosotros mismos.

Solamente quedará el enigma de esa Exterioridad. ¿En qué consistía entonces, se preguntará, esa extraña delimitación que ha desempeñado su papel desde el fondo de la Edad Media hasta el siglo XX y quizás más allá? ¿Por qué la cultura occidental ha rechazado del lado de los confines eso mismo en donde, en idéntica forma, hubiera podido reconocerse, en donde de hecho se ha reconocido en forma oblicua? ¿Por qué ha formulado claramente desde el siglo XIX, pero también desde la Edad Clásica, que la locura era la verdad desnuda del hombre, y sin embargo la ha colocado en un espacio neutralizado y pálido en donde estaba como amulada? ¿Por qué haber recogido las palabras de Nerval o de Artaud, por qué haberse vuelto a hallar en ellas, y no en ellos?

De ese modo se opacará la viva imagen de la razón en llamas. El juego familiar de mirarnos en la locura, en el otro extremo de nosotros mismos, y de prestar oído atento a voces que llegadas desde muy lejos nos dicen desde muy cerca lo que somos, ese juego, con sus reglas, sus tácticas, sus inventos, sus trucos, sus toleradas ilegalidades, sólo será, y para siempre, un ritual complejo cuyas significaciones habrán sido reducidas a cenizas. Algo así como la atención ambigua que la razón griega le prestaba a sus oráculos. O como la institución gemela, desde el siglo XIV cristiano, de las prácticas y de los procesos de brujería. Entre las manos de las culturas historiadoras quedarán únicamente las medidas codificadas del internamiento, las técnicas de la medicina, y del otro lado la inclusión repentina, irruptiva, dentro de nuestro lenguaje, del habla de los excluidos.

Decir que hoy la locura desaparece, quiere decir que se deshace esa implicación que la incluía a la vez en el saber psiquiátrico y en una reflexión de tipo antropológico. Pero esto no quiere decir sin embargo que desaparezca la forma general de transgresión al que ella ha prestado un rostro visible durante siglos. Ni que esta transgresión esté en trance, en el momento mismo en que le demandamos una respuesta a la pregunta sobre qué es la locura y dar lugar a una nueva experiencia.

No hay una sola cultura en el mundo en donde todo esté permitido. Y es sabido que el hombre no comienza con la libertad sino con el límite y la línea de lo infranqueable. Son conocidos los sistemas a los cuales obedecen los actos prohibidos; ha sido posible distinguir el régimen de prohibiciones del incesto propio de cada cultura. Pero todavía se conoce muy mal la organización de las prohibiciones de lenguaje. Ello dado que los dos sistemas no se superponen, como si el uno fuera sólo la versión verbal del otro: lo que no debe aparecer al nivel de la palabra no es lo proscrito con absoluta necesidad al nivel del gesto. Los zuni, para quienes constituye una prohibición, relatan el incesto entre hermanos; tal como los griegos, la leyenda de Edipo. Tenemos, por el contrario, que el Código de 1808 abolió las viejas leyes penales contra la sodomía; pero el lenguaje del siglo XIX ha sido mucho más tolerante con respecto a la homosexualidad (por lo menos en su forma masculina) que lo que pudieron ser las épocas precedentes. Y es probable que los conceptos psicológicos de compensación, de expresión simbólica no consignan dar en manera alguna una explicación suficiente de semejante fenómeno.

Un día será preciso estudiar en su autonomía ese campo de las prohibiciones de lenguaje. Es todavía sin duda muy temprano para poder saber justamente en qué forma puede realizarse ese análisis. ¿Se podrán utilizar las divisiones actualmente admitidas del lenguaje? ¿Y reconocer primero, dentro de los límites de lo prohibido y de la imposibilidad, las leyes que concierne al código lingüístico (lo que se denomina, tan claramente, faltas de lenguaje); después, dentro del código o de las palabras o expresiones existentes, las que están tocadas por una prohibición de articulación (toda la serie religiosa, sexual, mágica de las palabras blasfematorias); luego, los enunciados que estarían autorizados por el código, permitidos por el acto de lenguaje, pero cuyo significado en un momento dado es intolerable para la cultura en cuestión; en ese caso el rodeo metafórico ya no es posible, pues es el sentido

mismo el que es objeto de censura? Por último, existe también una cuarta forma de lenguaje excluido: consiste en someter un habla aparentemente acorde con el código reconocido, a otro código cuya clave es proporcionada por esa habla misma; de manera que en su interior resulta desdoblada: dice lo que dice pero agrega una plusvalía muda que enuncia silenciosamente lo que dice y el código de acuerdo con el cual lo dice. No se trata acá de un lenguaje cifrado, sino de un lenguaje estructuralmente esotérico. Es decir, no que comunica, ocultándola, una significación prohibida; se instala desde un principio del juego en un repliegue esencial del habla. Repliegue que la vacía desde dentro tal vez hasta el infinito. Poco importa entonces lo que llega a decirse en un lenguaje semejante ni las significaciones que son dadas. Lo que ninguna cultura puede aceptar inmediatamente es esta liberación oscura y central del habla en su corazón mismo, su incontenible huida hacia un hogar siempre sin luz. No en su sentido, no en su materia verbal, sino en su juego, esa palabra es transgresiva.

Es muy probable que toda cultura, cualquiera que ella sea, conozca, practique y tolere (en cierta medida), pero reprima igualmente y excluya esas cuatro formas de lenguaje prohibidas.

En la historia occidental, la experiencia de la locura se ha desplazado a lo largo de esa escala. A decir verdad, durante largo tiempo ocupó una región indecisa entre lo prohibido de la acción y el del lenguaje, difícil de precisar: de allí la importancia ejemplar de la pareja furor-inanitas, de acuerdo con los registros del gesto y de la palabra, que ha organizado prácticamente el mundo de la locura hasta el fin del Renacimiento.

La época del Encerramiento (los Hospitales generales, Charenton, Saint-Lazare, organizados durante el siglo XVII) señala una migración de la locura hacia la región de lo insensato: la locura sólo guarda un parentesco moral con los actos prohibidos (permanece esencialmente ligada a las prohibiciones sexuales), pero está incluida en el universo de las prohibiciones de lenguaje; el internamiento clásico envuelve, junto con la locura, el libertinaje de pensamiento y de palabra, la obstinación en la impiedad o en la heterodoxia, la blasfemia, la brujería, la alquimia, es decir, todo cuanto caracteriza el mundo hablado y prohibido de la sinrazón; la locura es el lenguaje excluido, ese lenguaje que contra el código de la lengua pronuncia palabras sin significado (los "insensatos", los "imbéciles", los "dementes"), o aquel que pronuncia palabras sacralizadas (los "violentos", los "furiosos"), o aquel que permite el paso de significaciones prohibidas (los "libertinos", los "obstinados"). respecto a esta represión de la locura como palabra prohibida, la reforma de Pinel representa más una conclusión visible que una modificación.

Tal modificación sólo se ha producido realmente con Freud, al desplazarse la experiencia de la locura hacia la última forma de prohibición de lenguaje de que hemos hablado hace un momento. Ha dejado entonces de ser falta de lenguaje, blasfemia proferida, o significación intolerable (y en ese sentido el psicoanálisis es el gran levantamiento de las prohibiciones, definidas por el mismo Freud); ha aparecido como una habla que se envuelve sobre sí misma, diciendo debajo de lo que dice otra cosa, cuyo único código posible, a la vez, es ella misma: lenguaje esotérico, si se quiere considerarlo así, puesto que mantiene su lengua dentro de un habla que no dice finalmente otra cosa que esa implicación.

Es preciso, por lo tanto, tomar la obra de Freud por lo que ella es; el psicoanálisis no descubre que la locura está captada en una red de significaciones comunes con el lenguaje de todos los días, lo cual autorizaría así a hablar de ella en la futilidad cotidiana del vocabulario psicológico. Desplaza la experiencia europea de la locura para situarla en esa región peligrosa, siempre transgresiva (y por consiguiente aun prohibida, pero de un modo particular) constituida por los lenguajes que se implican a sí mismos, es decir, que enuncian en su enunciado la lengua en la que se enuncian. Freud no ha descubierto la identidad perdida de un sentido; ha trazado la figura irruptiva de un significante absolutamente distinto a todos los demás. Ello hubiera debido ser bastante para preservar su obra de todas las interpretaciones psicologizantes de que, a nombre (al irrisorio nombre) de las "ciencias humanas" y su unidad asexuada, la ha recubierto nuestro medio siglo.

Y por ese hecho mismo, la locura ha aparecido no como el ardid de una significación oculta, sino como una prodigiosa reserva de sentido. Pero es necesario entender como es debido el término "reserva": se trata, mucho más que de una provisión, de una figura que retiene y suspende el sentido, arregla un vacío en donde sólo se propone la posibilidad todavía irrealizada de que tal sentido, o tal otro, o aun inclusive un tercero, venga a morar, y así tal vez hasta el infinito. La locura abre una reserva llena de lagunas que designa y hace ver ese vacío en donde lengua y habla se implican, se forman una a partir de la otra y no dicen nada más que su relación todavía muda. Después de Freud, la locura occidental se ha convertido en un no-lenguaje por haberse convertido en un lenguaje doble (lengua que sólo existe en esta habla, habla que sólo dice su lengua) -es decir, una matriz de lenguaje que, en el sentido estricto del término, no dice nada. Pliegue de lo hablado que es una ausencia de obra.

Un día habrá que hacer justicia a Freud por no haber hecho hablar esa locura que desde siglos era precisamente un lenguaje (lenguaje excluido, palabrería insignificante, habla corriendo indefinidamente fuera del silencio reflexivo de la razón); ha hecho callar, por el contrario, al Logos Irrazonable; lo ha desecado; ha hecho remontar las palabras hasta su frente, hasta esa región blanca de la autoimplicación en donde nada se dice, nada es dicho.

Lo que actualmente ocurre aun resulta para nosotros bajo una luz incierta; sin embargo, puede verse dibujar, en nuestro lenguaje, un extraño movimiento. La literatura (y ello sin duda desde Mallarmé) está en trance de convertirse poco a poco, a su vez, en un lenguaje cuya habla enuncia al mismo tiempo que lo dicho por ella y en el mismo movimiento, la lengua que la hace descifrable

como habla. Antes de Mallarmé, escribir consistía en establecer su habla dentro de una lengua dada, de manera que la obra de lenguaje tenía la misma naturaleza que cualquier otro lenguaje, con los signos (y éstos eran, ciertamente, majestuosos) de la Retórica, del Sujeto o de las Imágenes. A finales del siglo XIX (en la época del descubrimiento del psicoanálisis, o muy poco antes), la vemos convertirse en un habla que inscribe en sí misma su principio de desciframiento; o en todo caso, supone, bajo cada una de sus frases, bajo cada una de sus palabras, el poder de modificar soberanamente los valores y las significaciones de la lengua a la cual, a pesar de todo (y de hecho), pertenece; suspende el remado de la lengua en un gesto actual de escritura.

De allí la necesidad de esos lenguajes secundarios (lo que se designa como la crítica) que no funcionan ahora como adiciones exteriores a la literatura (juicios, mediaciones, conexiones que se pensaba útil establecer entre una obra remitida al enigma psicológico de su creación y el acto consumidor de la lectura); a partir de entonces, hacen parte, en el corazón de la literatura, del vacío instaurado por ella en su propio lenguaje; son el movimiento necesario, pero necesariamente inconcluso, por el cual el habla es reconducida a su lengua, y la lengua es establecida sobre el habla.

De allí también esa extraña vecindad entre la locura y la literatura, a la cual no debe dársele el sentido de un parentesco peligroso puesto por fin al desnudo. Descubierta como un lenguaje que se cae en su sobreposición a sí misma, la locura no manifiesta ni relata el nacimiento de una obra (o de algo que, con genio o de haberse presentado una oportunidad, hubiera podido convertirse en una obra); designa la forma vacía de donde viene esta obra, es decir, el lugar de donde no cesa de estar ausente, donde jamás se la encontró porque jamás se ha encontrado a sí misma. Allí, en esta región pálida, bajo esta ocultación esencial, se devela la incompatibilidad gemela entre la obra y la locura; es el punto ciego de su propia posibilidad y de su exclusión misma.

Pero desde Raymond Russel, desde Artaud, es también el sitio desde donde el lenguaje se aproxima a la literatura. Pero no se aproxima a ella como a algo que tendría la tarea de enunciar. Es hora de darse cuenta de que el lenguaje de la literatura no se define por lo que dice, ni por las estructuras que lo hacen insignificante. Sino que él tiene un ser y que es sobre ese ser que es necesario interrogarla. ¿Cuál es actualmente ese ser? Algo que tiene sin duda que ver con la autoimplicación, con el desdoblamiento y el vacío que se hace en él. En ese sentido el ser de la literatura, tal como se produce desde Mallarmé y llega hasta nuestros días, gana la región en donde se realiza a partir de Freud la experiencia de la locura.

A los ojos de no sé qué cultura futura -y tal vez esa cultura esté ya muy próxima- seremos quienes más cerca se han aproximado de esas dos frases jamás pronunciadas realmente, esas dos frases tan contradictorias e imposibles como el famoso "yo me miento" y que designan ambas la misma autorreferencia vacía: "yo escribo" y "yo deliro". Figuraremos así junto a mil otras culturas que han aproximado el "estoy loco" a un "soy tonto", o "soy un dios", o "soy un signo", o aun de un "soy una verdad", como fue el caso para todo el siglo XIX hasta Freud. Y si esa cultura a la que nos referimos tiene un gusto por la historia, recordará en efecto que Nietzsche, al enloquecer, ha proclamado (transcurría el año de 1867) ser la verdad (por saber tanto, por ser tan grande, por escribir libros tan excelentes, por ser una fatalidad); y que menos de cincuenta años más tarde, Roussel, en vísperas de su suicidio, ha escrito en Comment j'ai écrit certains de mes livres, el relato, emparejado sistemáticamente, de su locura y sus procedimientos de escritura. Y causa sin duda extrañeza que hayamos podido reconocer un parentesco tan extraño entre lo que fue temido durante tanto tiempo como grito, y lo que fue esperado, durante tanto tiempo como canto.

Pero quizás justamente esta mutación no parecerá merecedora de ningún asombro. Somos hoy nosotros quienes nos extrañamos al ver comunicarse dos lenguajes (el de la locura y el de la historia, cuya incompatibilidad ha sido constituida por nuestra historia. Desde el siglo XVII, locura y enfermedad mental han ocupado el mismo espacio en el campo de los lenguajes excluidos (dicho burdamente, el de lo insensato). Al ingresar en otro dominio del lenguaje excluido (en aquel encerrado, sagrado, temido, levantado verticalmente por encima de sí mismo, el cual se relaciona consigo en un Pliegue inútil y transgresivo, y que se llama literatura), la locura disuelve su parentesco, antiguo o reciente de acuerdo con la escala que se escoja, con la enfermedad mental.

Esta, de ello no cabe duda, va a entrar en un espacio técnico de un control cada vez mayor: la farmacología ha transformado ya en los hospitales las salas de agitados en grandes cuartos tibios. Pero por debajo de estas transformaciones y por razones que parecerán extrañas (por lo menos a nuestros ojos), está en trance de producirse un desenlace: locura y enfermedad mental deshacen su pertenencia a la misma unidad antropológica. Esta unidad misma desaparece con el hombre, postulado pasajero. La locura, halo lírico de la enfermedad, no cesa de apagarse. Y lejos de lo patológico, del lado del lenguaje, allí en donde se repliega sin decir nada todavía, está en trance de nacer una experiencia en donde está en juego nuestro pensamiento; su inminencia, ya visible pero absolutamente vacía, no puede ser nombrada todavía.

Michael Foucault, filósofo francés.
Publicó "Arqueología del Saber",
"Microfísica del Poder", "Historia
de la Locura"